

# HOMILÍA EN LAS EXEQUIAS DE MONS. ELKIN FERNANDO ÁLVAREZ BOTERO

Ricardo Tobón Restrepo  
Arzobispo de Medellín

Santa Rosa de Osos, 10 de julio de 2023



Is 5,6.7-9; 1Cor 15,20-28; Jn 17,24-26

El texto evangélico que acabamos de escuchar es tomado del discurso con el que Jesús se despidió de sus apóstoles antes de morir. Ellos, ante los acontecimientos, sienten que la tristeza y la incertidumbre les llenan el corazón. Sin embargo, en ese contexto resuena esta plegaria con la que Jesús los asocia a su pascua y les abre el horizonte de la esperanza: *“Padre, quiero que los que me confiaste estén conmigo donde yo esté para que contemplen mi gloria”* (Jn 17,24)

El futuro de Jesús y de sus discípulos descansa en su relación con el Padre, cuyo nombre

ha dado a conocer y cuyo amor, fuente de vida nueva, debe permanecer en los discípulos como está en él. La paz y la esperanza cristianas no brotan de estrategias para abrigarse de los riesgos, acomodándose a los conceptos y prácticas del mundo, sino de la fe en Dios y de la entrega a su voluntad hasta la muerte. Misteriosamente, Jesús supera la experiencia terrible del abandono de Dios poniéndose en sus manos, entregándole su espíritu.

En Jesús se inicia el amor perfecto y la obediencia plena a Dios. A la hora de su muerte, el reino del mal no encuentra nada que le pertenezca: ni mentira, ni egoísmo, ni odio, ni soberbia. Por eso,

su muerte es una victoria, un paso a la gloria. Así se realiza definitivamente el proyecto salvífico de Dios y, en su cuerpo crucificado y glorioso, comienza una nueva humanidad. Solo esta experiencia pascual nos ilumina y nos conforta para asumir la realidad de la muerte; máxime, cuando es inesperada, como ha sido la muerte de Mons. Elkin Fernando Álvarez.

Ahora, Mons. Elkin ha vuelto a esta Catedral, desde donde presidió la Diócesis de Santa Rosa de Osos, para verse acompañado por nuestras plegarias, con las que suplicamos que esté con Jesús contemplando su gloria y permaneciendo para siempre en el amor, con el que él fue amado. En este momento, experimentamos múltiples sentimientos: el dolor por su partida física que nos ha sorprendido, el reconocimiento y la gratitud por todo lo que él ha dado a la Iglesia, la confianza que nos enseña el Evangelio para mirar en su conjunto la vida humana y su futuro.

Enfrentamos esta dura realidad dentro del horizonte que nos abre la Palabra de Dios, pues según la proclamación de San Pablo: Cristo resucitó de entre los muertos como primicia de nuestra resurrección. El apóstol se alegra anunciando que todos los que pertenecemos a Cristo reviviremos con él. Y, en una visión llena de esperanza, va anunciando la reconstrucción de toda la creación a partir de Cristo hasta que Dios sea todo en todo (cf 1Cor 15,20-28). Es el cumplimiento de lo que anunció Isaías: *"El Señor Dios destruirá la muerte para siempre, secará las lágrimas de todos los rostros"* (Is 5,9).

Desde esta perspectiva cristiana, el querido Mons. Elkin ha asumido su vida, ha realizado su misión en este mundo y ha pasado a la casa del Padre. Concluida su jornada en la tierra, podemos verlo realmente como un hombre que se dedicó completamente a servir a Dios y a los demás, dentro de la misión de la Iglesia. No ha tenido otros intereses, preocupaciones, sueños o proyectos que los diversos servicios que se le pidieron a lo largo de sus treinta años de vida sacerdotal.

Al comienzo, como presbítero en su amada Diócesis de Sonsón-Rionegro, ejerció el ministerio en la vida parroquial y en la formación de los futuros sacerdotes. Luego, a nivel nacional, en la Nunciatura Apostólica y en el Secretariado de la Conferencia Episcopal. Después, como Obis-



po, fue Auxiliar de Medellín y Secretario de la Conferencia Episcopal. Finalmente, entregó sus últimos años a esta Diócesis de Santa Rosa de Osos y, durante un breve período, fue también administrador de Santa Fe de Antioquia.

De todos es conocida la rectitud de su vida, su espíritu de fe y de oración, su dedicación incansable al trabajo, su sencillez y bondad en el trato con todas las personas, su nobleza y fidelidad en la amistad, su generosidad para servir y ayudar en cuanto se le pedía, su esfuerzo por acertar en las tareas que se le encomendaban. Con su buena formación bíblica se dedicó en diversas formas a la evangelización; con esmero presidió la celebración del misterio de Cristo, transmitiendo la fuerza salvadora de la Pascua.

Con dignidad y espíritu de fe manifestó la presencia del Señor, que guía y da la vida por su grey; amó a los sacerdotes y buscó acompañarlos con misericordia; se multiplicó en medio de las responsabilidades que tenía para caminar con las pequeñas comunidades eclesiales; se esforzó en visitar a todas las parroquias y caseríos del enorme territorio que le fue confiado; sufrió con todas las heridas que la violencia y la minería ilegal causan en el país, y especialmente a los habitantes de esta martirizada región; predicó la justicia en una sociedad atormentada por la inequidad social, el tráfico de drogas y la corrupción; participó en diálogos y otras iniciativas para tratar de aclimatar una justa convivencia que pusiera fin en nuestra sociedad a este ya inadmisibles baño de lágrimas y de sangre.

No es posible decir lo que realmente ha sido y ha hecho Mons. Elkin en la Iglesia y especialmen-

te en la Diócesis de Sonsón-Rionegro, en la Arquidiócesis de Medellín y en la Diócesis de Santa Rosa de Osos, porque lo esencial de la vida sacerdotal y episcopal queda siempre en aquel secreto que solo ve el Padre (cf Mt 6,6). En efecto, únicamente Dios conoce cómo intercedía por su pueblo, qué sacrificios hacía por los sacerdotes, cómo amaba a los fieles que le habían sido dados, cómo luchaba con el cielo la salvación de los que encontraba cada día, cómo tejía con su propia entrega la unidad eclesial, qué sufrimientos íntimos le imponía la caridad pastoral. Tal vez, esta permanente y dolorosa experiencia interior lo acrisoló más pronto para Dios y adelantó su partida.

Queridos sacerdotes y fieles de Santa Rosa de Osos: junto a los despojos mortales de quien fue un eslabón en la sucesión apostólica que hace que esta Diócesis sea verdaderamente la Iglesia del Señor, renueven su fe en Cristo vencedor de la muerte y señor de la vida, asuman con más pasión su identidad eclesial, comprométanse a vivir en la unidad, reafírmense en su valiosa tradición al servicio de la misión, agradezcan el pastor que les ha sido dado y, recogiendo las lecciones que su vida les deja, continúen con decisión y esperanza la peregrinación.

Querida familia de Mons. Elkin nosotros los rodeamos con afecto y gratitud por el hijo, el hermano, el pariente que le han dado a la Iglesia; los consolamos con la certeza de que quien cree en Cristo no sabrá lo que es morir para siempre (cf Jn 11,26) y los acompañamos para poner sobre su tumba la ofrenda del afecto, de la oración y de la esperanza, confiados en que vive ya en la plenitud de la verdad, de la alegría y del amor, que es Dios.

Querido Elkin: Que la plegaria de Jesús en la última Cena permita que estés donde él esta, contemplando por siempre su gloria. Sólo porque creemos y esperamos esto, logramos aceptar tu muerte que aparentemente interrumpió un promisorio ministerio que necesitábamos todavía, pero que en realidad te permitirá continuarlo, aún con más fecundidad, desde el cielo. Descansa en paz, querido Elkin; entra en el gozo de tu Señor y que, bajo el maternal amparo de María, Nuestra Señora de las Misericordias, puedas, según el lema de tu escudo episcopal, vivir eternamente "fijos los ojos en Jesús".

